San German es el principio del castillo de Versalles. Allí es donde se despierta el espíritu de aquel jóven rey que será el señor del gran siglo. El que quisiese buscar todos los nombres inscritos en aquellas paredes, todas las cifras amorosas trazadas sobre aquellas cortezas, recordaria los mayores nombres de la Francia monárquica. Allí están todos en su gracia y en su magestad, despues de haber arrojado sobre aquellos hermosos lugares su brillo de un dia. En aquellas paredes tan sombrías hoy, que repiten espantosamente las maldiciones de tantos prisioneros, fueron leidos por primera vez los versos de Corneille, por primera vez fué cantada la música de Italia por la señora Leonora, *una virtuosa*, segun la llamaba el cardenal de Mazarin. En las largas calles en que se habia paseado el hermoso Buckingam, enamorado de la reina de Francia, se paseó el poeta Voiture, y como le preguntase la reina un dia, ¿en qué pensaba? respondió con estos versos:

"Pensaba en que el destino despues de haberos perseguido injustamente,
"os ha coronado de gloria, de esplendor y de honores. Pero que érais
"mas feliz en otro tiempo estando, no segun yo, sino segun la rima, ena-
"morada. Pensaba, porque todos los poetas pensamos estravagantemente,
"en lo que hariais si vieseis venir á este lugar al duque de Buckingam."

Esa bella y deliciosa casa de nuestros reyes agradaba á la reina mas que las otras; allì reinaba, y lo que es mas, allì vivia. Allì supo la primera victoria del duque de Enghien, que debia ser mas adelante el gran Condé; allá iban en seguimiento de la regente tantas ilustres princesas que estaban entónces en los mejores años de la primavera de su vida: Mademoiselle nieta de Enrique IV, que habria subido al trono de Francia si no hubiese hecho disparar sobre las tropas del rey el cañon de la Bastilla; madama de Longueville, nieta del prìncipe de Condé, hermana del duque de Enghien. Sobre aquellos verdes céspedes jugueteaban juntos, en todo el abandono é inocencia de su edad, el niño rey Luis XIV y su hermano el duque de Anjou. Por lo que hace à nombres menos grandes pero siempre ilustres, no deja de haber muchos bajo aquellas sombras. La señorita de Bouteville de Montmorency, hija de aquel valiente Bouteville à quien el cardenal hizo cortar la cabeza por haberse batido en un duelo; la hermosa de Vigan tanto tiempo amada por el vencedor de Rocroy, y Madama de Valencé su hermana; la marquesa de Coislin, hija del canciller Séguier; la princesa de Carignan, la señorita de Rohan, la princesa María, hija del duque de Mantua, que iba à ser reina de Polonia despues de haber amado á M. de Cinq-Mars, y otras muchas que seria no acabar ponerse à enunciarlas. En aquel pequeño rincon de la historia de Francia están las intrigas que comienzan, los primeros amores de todos aquellos jóvenes á

quienes llama la gloria. El rey es todavía un niño; pero ese niño es la esperanza y la fortuna del porvenir. ¿Quién serà el señor? ¿Quién va á quedarse con la autoridad? ¿Mazarin durarà tanto como Richelieu? El duque de Enghien, mejor dicho, el príncipe de Condé, ¿va à sobreponerse al duque de Orleans? Esa era la cuestion, pero cuestion agitada sordamente: de tiempo en tiempo se pronunciaban apénas algunas palabras en tono confidencial, pues nadie se atrevia á hablar en alta voz de sus esperanzas y de sus temores. Entre tanto, en una de las calles del parque habia una fuente que esparcia en derredor la calma y la frescura. A ella iban en los grandes calores del estío el jóven rey y su tutor M. de Villeroi, á gustar de los placeres del baño: al mismo tiempo se bañaban la reina y sus damas, cubiertas con largas camisas de tela gris y habia juegos y risas, y el cardenal se afligia de no ser admitido à aquellas reuniones en que se decian tan bonitas palabras.

Veíase tambien en San German, en toda la energìa de una altiva vejez, á aquel ilustre señor de Bossompierre, amigo de Enrique IV y favorito de la reina María de Médicis. Por mucho tiempo habia sido el rey de la juventud y el brillante modelo del ejército y de la corte, y todavía en su edad avanzada conservaba las grandes y bellas cualidades de otra época, el talento, la galantería, el valor, el humor generoso, la mano liberal. Pero los consejos de M. de Bassompierre eran desdeñados ya: estaba viejo y los satíricos de la corte lo calificaban de atrevido por vivir todavía á esa edad. Un solo hombre escuchaba las lecciones de M. de Bassompierre, un solo hombre se aprovechaba de la esperiencia de aquel hàbil cortesano, y era el duque de Guisa, el enamorado de la señorita de Pous, de esa muchacha bonita, de tan buena casa y tan coqueta. Qué bueno habria sido verlos andar á paso apresurado en las calles del Gran Parque, à ella mofándose, y á él enamorado; á ella coqueta, y á él muerto de zelos. Por último le dijo un dia que queria hacer de ella una reina y colocar sobre su cabeza la real corona. Y, en efecto, M. de Guisa parte á Nápoles, atraviesa metido en una barca por entre la flota de España, y llega á Nápoles en lo mas encendido de una sublevacion: fué rey una hora; mucho era esto para un duque de Guisa y demasiado para una señorita de Pous; así es que olvidó muy pronto á su héroe y se enamoró de uno de los escuderos del príncipe que gozaban de mayor favor. ¡Oh vanidad de la gloria y del amor!

Qué brillantes fiestas, qué magnificencia sin igual! No tenia el tesoro bastante dinero, ni la corona alhajas suficientes para aquel portentoso lujo. En los dias grandes llevaba la reina un vestido de seda negro bordado de oro, y un peinado de plumas encarnadas y listones del mismo color:

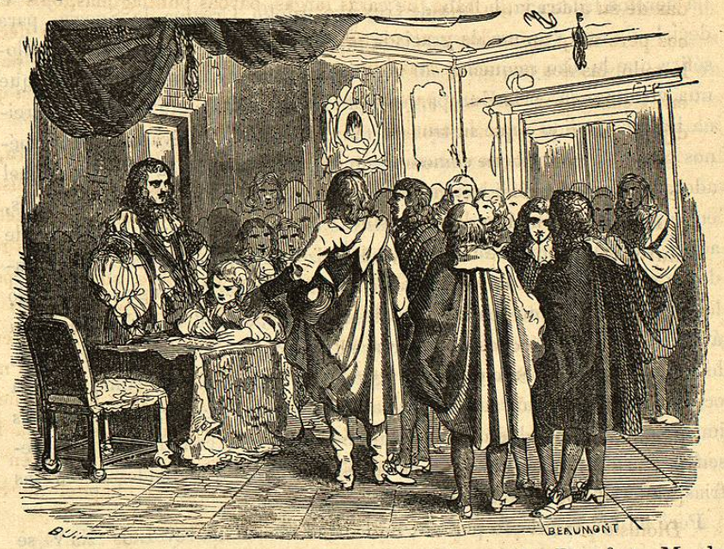
todos admiraban sus bellas facciones, la dulzura de sus ojos, la blancura y viveza de su tez, y sus hermosos cabellos blondos que tiraban à negros. Y qué decis de la duquesa de Montbarón, la querida de M. de Rancé, en todo el esplendor de una belleza sin igual, y que danzaba en aquellas fiestas, sin imaginarse que el sepulcro la aguardaba? Y la señorita de Guisa, y la bella Saint-Mégrin, y la señorita de Joury, la de grande nariz aguileña y estatura perfecta? En el número de las grandes princesas se contaba á madama la duquesa de Orleans, que salia rara vez de su recámara, contentándose con mirar las flores de estío desde su ventana entreabierta. Debe tambien tenerse presente á la bella dama de Danemarck, la muger del embajador, cuyo semblante era tan hermoso, aquella que iba á besar la mano á la reina y que levantaba su pañuelo para verle el cuello con tanta familiaridad *que parecia su hermana y que la habia visto toda la vida.* Era aquella una multitud variada y pintoresca en que circulaban todas las pasiones pequeñas, en espera de las grandes; no olvidemos, por último, á aquellas dos pequeñas morenas de doce á trece años, nuevamente llegadas de su aldea y de Italia, de caras largas, barbas puntiagudas, ojos chicos pero muy animados y vivos, sobrinas las dos del cardenal; para decirlo todo, las dos pequeñas Mazarini destinadas à representar un gran papel en la corte de Francia, y particularmente la bella Hortensia, la misma que dijo al jóven rey que la amaba: *Vos sois rey; me amais, y yo parto.*

Estuvo tambien en el castillo de San German la reina de Inglaterra, la reina de tres reinos, hija y madre de reyes tan poderosos, aquella misma cuya oracion fúnebre debia escribir Bossuet, que fué á ocultar á aquellos muros espantados de una tan grande y aterradorra miseria, los tristes restos de la mas alta fortuna. Carlos I no estaba ya sobre su trono; pero aun vivia cuando acudió aquella infortunada princesa, no salvando de aquel reino en incendio mas de á un niño en mantillas. Ah! esa casa proscrita de los Stuarts fué la que llevó al castillo de San German, al menos asì se decia, la fatalidad que todo lo ha destruido. Ella fué la que lo llenó de una desolacion inconsolable, de una miseria sin remision; ella fué quien puso en esas paredes el frio glacial que persigue à los reyes en su caida; ella ha sido para el interior del palacio lo que el chapitel de San Dionisio para el esterior, un terror al que nada resiste.

En el castillo de San Gsrman se refugiaron el rey y la reina cuando comenzaron, para no acabar pronto, las conmociones y sublevaciones del parlamento de Paris. La ciudad entera se habia levantado contra el cardenal, y la reina, espantada al solo nombre de barricadas, se huyó hasta S. German, llevando consigo á sus dos hijos, niños ambos, à quienes la guerra civil lanzaba de su casa. Pero San German no quedaba tan lejos de

Paris que no se oyesen los truenos del pueblo; aquel era el ruido de una ciudad que se insurrecciona; era la autoridad real desconocida, el ministro insultado, la reina amenazada, una vieja levadura de las guerras de la Liga, con la diferencia de que el pueblo se batia ahora por la libertad, despues de haberse batido por la causa religiosa. En verdad largas avenidas, viejas encinas, jardines llenos de flores, estatuas de bronce ó de mármol, aguas que saltan en mil cascadas, hermosos lugares encantados que reuniais todo el poder del arte á todas las bellezas naturales, cuánto perdeis de vuestra gracia y de vuestra magestad cuando se piensa en todos los dolores ocùltos bajo vuestro follage, en todas las miserias de esas vastas galerías, en los insomnios crueles de esos artesonados!

En aquel momento está la corte en San German, por la sencilla razon de que San German está separado de Paris por *tres brazos de rio.* En la recámara misma de la reiña se celebran las conferencias entre los parlamentarios y los príncipes; aquello no es una paz, es à lo sumo una suspension de hostilidades; no es el pueblo quien eleva su queja, sino los señores quienes negocian por su interés personal. El príncipe de Conti, el



duque de Elbeuf, el príncipe de Harcour, el duque de Beaufort, M. de Bouillon, el marques de Turenna, el duque de Retz, M. de la Trémouille, el marques de Vitry, MM. de la Meilleraye y de Lirncourt, M. de Luynes y M. de Noirmoutier y todos los otros que hacen sus proposiciones á M. de Mazarin; si no se quieren sus servicios, ellos se pasarán al parla-

mento. En fin, la paz fué firmada y la reina lo supo el Viérnes Santo estando en las tinieblas en la capilla del castillo de S. German. Entónces recomenzaron las fiestas; aquella corte no sabia preveer nada, sino que se abandonaba voluntariamente al placer, sin cuidarse del dia de mañana. Todos los hombres que se habian batido contra el rey y la reina, "materia de un arrepentimiento inmenso poco mas adelante," vinieron à unirse á la corte como si hubieran permanecido fieles. Solo M. el cardenal de Retz no se atrevió á venir, sino que se quedó en Paris, contentàndose con enviar desde léjos sus humildes respetos. Junto con los malcontentos se presentaron tambien las malcontentas, y se dice que era cosa curiosa ver á aquellas rebeldes temblando en la recámara de la reina, y que la misma madama de Longueville, tan elocuente, apenas se atrevia à llevar á sus labios la colcha de la cama en que estaba acostada la reina. Singular revolucion comenzada en el tumulto de las plazas públicas, celebrada con sangrientas burlas en el Puente Nuevo y terminada con mudas adoraciones en la gran sala del castillo de San German!

A este vino á pasar algunos dias de fastidio y de remordimiento aquella heroina frustrada, la hija de Gustavo Adolfo, Cristina de Suecia, para decirlo de una vez, esa desgraciada princesa, víctima de una paradoja filosófica que le hizo renunciar sin necesidad la real corona; no era mas que una vagamunda en la Europa, asombrada por un instante de que una reina hubiese podido dejar su trono á tan corto precio. Llevaba consigo, ménos como su amante que como su juguete, al hermoso la Gardie, aquel adorado Monaldeschi á quien hizo dar muerte en un momento de zelos, en la galería de los ciervos en el castillo de Fontainebleau. La noticia de aquel asesinato espantó á la corte, horrorizó á Ana de Austria y dejó mudo de terror al cardenal de Mazarin, que no amaba la sangre; y cuando la reina Cristina, empapada en la de su amante, se fué de Fontainebleau á Paris, todas las puertas se le cerraron. Cada uno evitaba su mirada, los hombres por espanto y las mugeres por desprecio. Cristina, se fué à ocultar su vergüenza y sus remordimientos à San German, y ya podreis imaginaros cuales debieron ser sus noches fúnebres cuando sola en presencia de su crímen, llamaba aquella reina criminal á Monaldeschi en las frias noches y solo el eco le respondia.

Pero en fin, es preciso pararse; en la edad menor del rey Luis XIV se para nuestra historia: el gran rey del gran siglo no està satisfecho con habitar la casa de su padre y de su abuelo; no quiere alojar á la señorita de la Valliére en el pabellon de Gabriela de Estrées; jóven y hermoso, soberbio y omnipotente, no se siente cómodo bajo las sombrìas bóvedas testigos de la agitacion y de la ruina de los Stuarts. Necesita un palacio brillante de oro y de genio, obras maestras, cosas imposibles, maravillas, milagros! Todo lo que Luis XIV ha podido hacer por el castillo de su infancia, ha sido trazar y levantar, como digno recinto del viejo bosque, el magnífico terraplen que domina sus alturas. Nada mas grande, ni mas poético, ni mas vasto. En vano iriais á buscar en los mas célebres y poéticos lugares, nada que pueda ser comparado á aquel paseo soberbio que trazó la mano misma de Lenôtre. El terraplen domina todas las alturas, un bosque lo rodea, otro bosque se estiende á sus piés, el Sena corre á lo lejos á la Normandía que lo llama; aquí el llano, mas adelante el monte Valerio alumbrado por el sol; y en fin, para coronar el punto de vista, se descubre el Arco de triunfo de la Estrella, nobles piedras cargadas de tantos nombres grandes y de los esplendores de la Francia moderna! Ni cuál otra mas digna y mas gigantesca barrera podia separar à la Francia de hoy de la Francia de otra época?

Pero ¡ah! que la ruina se enseñorea de aquellas murallas: Luis XIV debia llevarse á Versalles toda la magnificencia de esos hermosos lugares; hablàndose de Versalles y de San German me parece oir hablar de Roma y de Bisancio, cuando el emperador Constantino se llevó à Oriente las banderas y el poder de la ciudad eterna. Cuando llega à venir la ruina á esas moradas regias, se lleva todas las cosas. La ruina comienza por un manojo de yerba que crece en los patios, por un poco de polilla en las puertas de los balcones, por un murciélago que al caer la noche se oculta en el polvo de los artesonados, por una corneja que llama á la tempestad desde lo alto de una chimenea sin fuego y sin humo. Las cosas grandes caen pronto, las pequeñas resisten defendidas por su misma humildad.—Y en fin, cuando la ruina lo ha quebrantado todo, cuando el viento de invierno arranca de cimiento las piedras, cuando las revoluciones estúpidas han destrozado los escudos de armas esculpidos en las paredes, cuando la hora de media noche ha llenado de fantasmas los magníficos salones sonoros antes con una brillante conversacion, y ahora no repitiendo otros sonidos que los del eco, entónces llega algun poder brutal que hace del castillo de los reyes una monstruosidad, un cuartel, una prision, un albañal, alguna cosa sin nombre y sin forma, una ruina sin honor!—Tal es la historia! Aquì el castillo de Francisco I y de Luis XIV habitado por los forzados del ejército; y mas adelante, allí sobre aquella montaña de Gaillon, célebre en otro tiempo por todas las elegancias italianas, el castillo del cardenal de Amboise, el amigo y confidente del rey Luis XII, ocupado por los mas horribles bandidos; nada hay que proteja á los que han pasado por aquellos senderos de abrojos y espinas, ni siquiera un recuerdo.

No valia la pena, ¡oh poderosos monarcas! ¡oh grandes artistas en todos

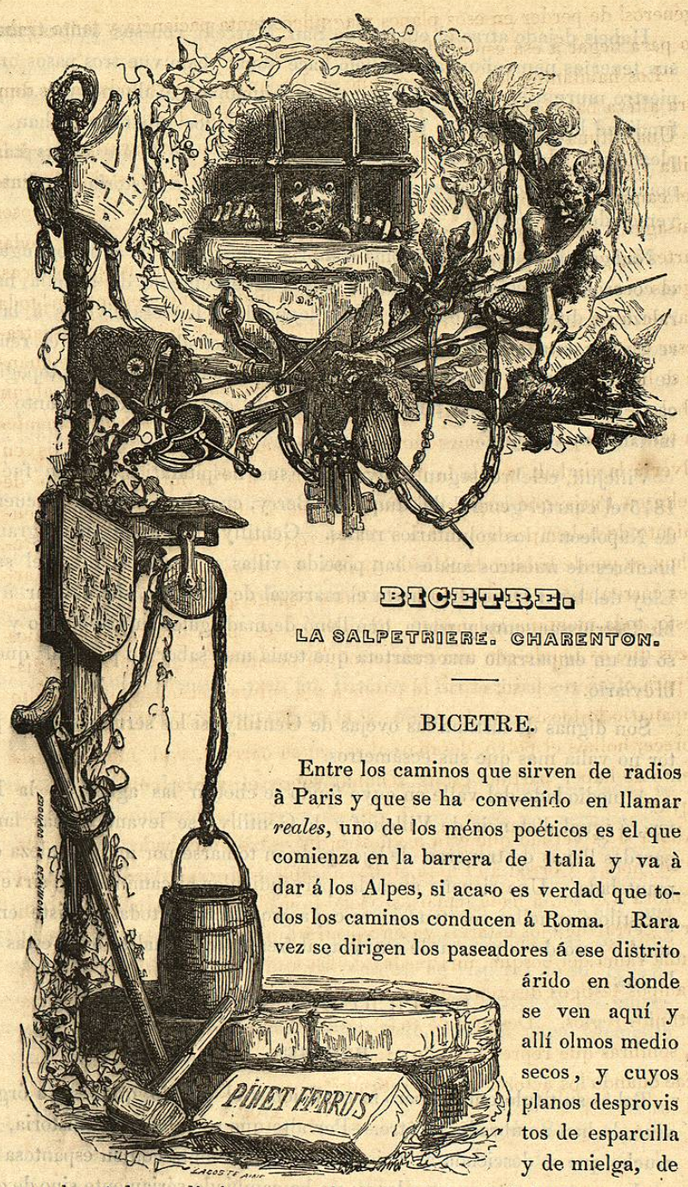
géneros! de perder en esos planes magníficos tanta paciencia y tanto trabajo para llegar á esa espuma! Y, sin embargo:

"Los habitantes del país dicen que en los jardines se ve todavia su sombra altiva bajo los castaños, platicando con Diana de Poitiers."

Una última é importante revolucion se aguardaba en nuestros dias à la villa y al castillo de San German; queremos hablar del establecimiento del camino de fierro. Antiguamente, para ir á esta villa de los hermosos paisages y de los grandes recuerdos, habia un camino cómodo; por todas partes magníficos puntos de vista, frescos valles, montañas pintorescas, aguas corrientes, bosques, flores, viejos campanarios que dominaban toda esa verdura. Sí, pero sin embargo, era preciso subir esas montañas, atravesar esos rios; se tenia por compañeros de viage al sol y al polvo, y cuando se llegaba al término del viage, y cuando estábais sentado bajo algun árbol viejo del terraplen, permaneciais todavia fatigado, y repentinamente, sin tener tiempo para comer en aquellos grandes bosques, pensábais en volver á la ciudad; venida la noche, os deciais á vos mismo estando de vuelta en Paris; qué largo es el camino! qué oscuro está! Y os daba sentimiento de haber perdido todo un dia en recorrer ese largo camino. Pero hoy se puede hablar de San German y de su hermoso camino. Sus àrboles corren ante vos como una agradable comitiva; todo valle está compuesto, toda montaña aplanada. El valle no es para vos mas que dos brazos que os tiende con amor maternal; la montaña se abre por sí misma para ofreceros paso; el rio lo pasais á pié enjuto; el chapitel del alto campanario lo tocais con la mano: todo os sonrie, todo os llama, todo os favorece; hollais el polvo, desafiais al sol en su carrera, y al momento siguiente de haber partido estais tendido sobre el verde césped, diciendo: ¡ya!

Ahora sí es verdad que está á vuestra disposicion ese bello bosque de San German. Corred á él todo el dia, dormid, si quereis dormir, buscad la sombra ó el sol, á nada temais; si viene la noche y quereis partir, en un abrir y cerrar de ojos estareis ya en vuestra humilde morada, llevando á ella una rama del bosque, una piedra de las murallas, una flor cogida en los campos testigos discretos de tanta dicha, de tantas intrigas, de tantos infortunios regios. Despues de todo, ¿qué es la historia? Un sueño que pasa, sombras que representan su papel de una hora, un teatro cuyo telon cae cuando los actores se han retirado.

JULIO JANIN.



BICETRE.

LA SALPETRIERE. CHARENTON.

BICETRE.

Entre los caminos que sirven de radios à Paris y que se ha convenido en llamar *reales*, uno de los ménos poéticos es el que comienza en la barrera de Italia y va à dar á los Alpes, si acaso es verdad que todos los caminos conducen á Roma. Rara vez se dirigen los paseadores á ese distrito árido en donde se ven aquí y allí olmos medio secos, y cuyos planos desprovistos de esparcilla y de mielga, de cosechas ó de vendimias, no producen mas que piedras para construir.